



Seix Barral Biblioteca Formentor

Don DeLillo

Cero K

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Título original: *Zero K*

© Don DeLillo, 2016

© por la traducción, Javier Calvo, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: mayo de 2016

ISBN: 978-84-322-2916-9

Depósito legal: B. 6.612-2016

Composición: Àtona - Víctor Igual, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: CPI, Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Todo el mundo quiere apropiarse del fin del mundo.

Me lo dijo mi padre, de pie junto a las ventanas francesas de su despacho de Nueva York; gestión privada de la sanidad, fondos fiduciarios dinásticos, mercados emergentes. Estábamos compartiendo un punto temporal curioso, contemplativo, y ese momento estaba rematado por sus gafas de sol *vintage*, que traían la noche al despacho. Examiné las obras de arte de la sala, abstractas de distintos estilos, y empecé a entender que el silencio prolongado que había seguido a su comentario no nos pertenecía a ninguno de los dos. Me acordé de su mujer, la segunda, la arqueóloga, la mujer cuya mente y cuyo cuerpo deteriorado pronto empezarían a adentrarse, de forma programada, en el vacío.

Aquel momento me volvió a la cabeza unos meses más tarde y a medio mundo de distancia. Estaba sentado, con el cinturón de seguridad puesto, en el asiento de atrás de un coche blindado de cinco puertas con las ventanillas

laterales tintadas, opacas en ambos sentidos. El chófer, separado de mí por una mampara, llevaba camiseta de fútbol y pantalones de chándal y se le veía un bulto en la cadera que indicaba que iba armado. Después de conducir una hora por carreteras en mal estado, detuvo el coche y dijo algo por su micro de solapa. Luegoladeó la cabeza cuarenta y cinco grados en dirección al asiento trasero derecho. Interpreté que era hora de desabrocharme el cinturón y salir.

Aquel trayecto en coche había sido la última fase de un viaje maratoniano, así que me alejé un poco del vehículo y me quedé allí un rato, aturdido por el calor, con la bolsa de viaje en la mano y sintiendo cómo mi cuerpo se reactivaba. Oí que el motor arrancaba y me giré para mirar. El coche estaba volviendo al aeródromo y era lo único que se movía en medio del paisaje, a punto de que se lo tragara la tierra o la luz crepuscular o el horizonte inmenso.

Completé mi rotación, una larga y lenta inspección de las marismas salinas y los pedregales que me rodeaban, vacíos salvo por varias edificaciones bajas, posiblemente conectadas, apenas distinguibles del paisaje blanqueado. No había más cosas ni más lugares. Hasta entonces no conocía la naturaleza exacta de mi destino, únicamente que se trataba de un lugar remoto. No me costaba imaginar que mi padre, junto a la ventana de su despacho, había invocado su comentario desde aquel mismo terreno yermo y desde los bloques geométricos que se fundían con él.

Y aquí estaba él ahora, estaban los dos, padre y madre, y yo había ido a hacer una brevísima visita y a decir un adiós incierto.

Ahora que las tenía tan cerca, me costaba distinguir cuántas edificaciones había. Dos, cuatro, siete, nueve. O sólo una, una unidad central con anexos radiales. Me imaginé el lugar como una ciudad a descubrir en una época futura, bien conservada y sin nombre, abandonada por alguna cultura migratoria.

El calor me hizo pensar que estaba encogiéndome, pero aun así quise quedarme un instante a mirar. Eran unos edificios escondidos, agorafóticamente sellados. Edificios ciegos, silenciados y sombríos, con ventanas invisibles, diseñados para replegarse en sí mismos, pensé, cuando la película llegara al momento del colapso digital.

Seguí un camino de piedra hasta un amplio portal donde había dos hombres de pie, mirando. Camisetas de fútbol distintas pero el mismo bulto en la cadera. Estaban detrás de un grupo de bolardos diseñados para impedir que entraran vehículos en las inmediaciones del complejo.

A un lado, en la otra punta del camino de acceso, había, cosa extraña, otras dos figuras: dos mujeres veladas e inmóviles con chador.

2

Mi padre se había dejado barba. Eso me sorprendió. Era un poco más canosa que el pelo de su cabeza y le realzaba los ojos, hacía la mirada más intensa. ¿Acaso era la clase de barba que se deja un hombre ansioso por entrar en una nueva dimensión de la fe?

Le dije:

—¿Cuándo va a ser?

—Estamos estudiando la fecha, la hora y el minuto.

Pronto —me dijo.

Tenía sesenta y bastantes años, Ross Lockhart; era ágil y de espaldas anchas. Sus gafas de sol descansaban sobre la mesa, delante de él. Estaba acostumbrado a reunirme con él en despachos de distintos lugares. Aquél era improvisado: varias pantallas, teclados y otros dispositivos distribuidos por la sala. Yo sabía que había invertido cantidades ingentes de dinero en toda aquella operación, aquella iniciativa, la Convergencia, y que el despacho era un gesto de cortesía que le permitía mantener el contacto necesario con su red de empresas, agencias, oligopolios, fundaciones, sindicatos, comunas y clanes.

—¿Y Artis?

—Está completamente lista. Ni asomo de vacilación ni de dudas.

—No estamos hablando de la vida eterna del espíritu. Hablamos del cuerpo.

—El cuerpo se congelará. Suspensión criogénica —me dijo.

—Entonces será en el futuro.

—Sí. El momento llegará cuando existan formas de contrarrestar las circunstancias que han causado el final. Mente y cuerpo serán restaurados y devueltos a la vida.

—No es una idea nueva. ¿Me equivoco?

—No es una idea nueva. Es una idea —me dijo— que ahora empieza a llevarse a cabo.

Yo estaba desorientado. Era la mañana del que sería mi primer día allí y era mi padre el que se encontraba al otro lado de la mesa, y, sin embargo, nada de todo aquello me resultaba familiar: ni la situación ni el entorno físico ni el hombre de la barba. Regresaría a casa sin ser capaz de asimilar nada de todo aquello.

—Y tú tienes plena confianza en este proyecto.

—Plena. Médica, tecnológica y filosóficamente.

—La gente inscribe a sus mascotas —le dije.

—Aquí no. Aquí no hay nada especulativo. No hay nada ilusorio ni periférico. Hombres, mujeres. Muerte, vida.

Su voz transmitía el tono sereno de los desafíos.

—¿Y puedo ver la zona donde va a pasar?

—Extremadamente improbable —dijo.

Artis, su mujer, padecía diversas enfermedades que la incapacitaban. Yo sabía que la esclerosis múltiple era

la principal responsable de su deterioro. Mi padre estaba allí en calidad de entregado testigo de su defunción y más tarde de educado observador de los métodos iniciales que permitirían conservar el cuerpo hasta el año, la década y el día en que se lo pudiera volver a despertar sin peligro.

—Cuando he llegado aquí, me han recibido dos escoltas armados. Me han hecho pasar por seguridad, me han llevado a la sala y apenas me han dicho una palabra. Es lo único que sé. Eso y el nombre, que suena a religión.

—Tecnología basada en la fe. No es otra cosa. Otro dios. Y no tan distinto, por cierto, de algunos de los anteriores. Excepto por el hecho de que éste es real, es de verdad, da resultados.

—Vida después de la muerte.

—Con el tiempo, sí.

—La Convergencia.

—Sí.

—Pero las matemáticas cuentan para algo.

—La biología cuenta para algo. La fisiología cuenta para algo. Déjalo correr —me dijo.

Cuando mi madre murió, en casa, yo estaba sentado al lado de la cama y también se hallaba presente una amiga de ella, una mujer con bastón, plantada en la puerta. Así era como recordaría el momento: circunscrito para siempre a la mujer de la cama y a la mujer de la puerta; a la cama y al bastón metálico.

Ross me dijo:

—A veces voy a una zona que sirve de unidad de paliativos, y paso un rato entre la gente que está esperando para someterse al procedimiento. Expectación

mezclada con respeto reverencial. Mucho más palpable que el temor o la incertidumbre. Hay una reverencia, un estado de asombro. Están todos juntos en esto. En algo mucho más grande de lo que habían imaginado. Sienten una misión común, un destino. Y me sorprendo a mí mismo intentando imaginar un lugar así siglos atrás. Un alojamiento, un refugio para viajeros. Para peregrinos.

—Muy bien, peregrinos. Volvemos a la religión antigua. ¿Me dejarían visitar esa zona de paliativos?

—Seguramente no —dijo él.

Me entregó un disco pequeño y plano sujeto a una pulsera. Me dijo que era como las tobilleras que mantenían a los agentes de policía informados del paradero de los sospechosos en espera de juicio. La pulsera me daría acceso a ciertas zonas del nivel en el que estábamos y del de encima, nada más. Me avisó de que no me la quitara sin comunicárselo a seguridad.

—No saques conclusiones precipitadas sobre lo que veas y oigas. Este sitio lo ha diseñado gente seria. Respetar la idea. Respetar el escenario en sí. Artis me dice que debemos considerarlo en construcción, una excavación en curso, una forma de arte con la tierra, como el *land art*. Construido a base de tierra y también hundido en ella. Acceso restringido. Definido por la quietud, tanto humana como ambiental. También un poco parecido a una tumba. La tierra es el principio rector —me dijo—. Regresa a la tierra y emerge de ella.

Pasé un rato caminando por los pasillos. Estaban casi vacíos, solamente vi a tres personas, a intervalos, y a las

tres las saludé con la cabeza, pero me respondieron con miradas reticentes. Las paredes eran de distintos tonos de verde. Enfilarse un pasillo ancho y doblar por otro. Paredes vacías, sin ventanas, puertas muy espaciadas entre sí y todas cerradas. Las puertas eran de colores apagados y relacionados entre sí, y me pregunté si había algún significado detrás de aquellas variaciones tonales. Eso era lo que hacía con todos los entornos nuevos. Intentaba inyectarles significado, darle coherencia al lugar o al menos ubicarme en su seno, a fin de ratificar mi presencia intranquila.

Al final del último pasillo había una pantalla que sobresalía de una hornacina en el techo. Empezó a bajar y a extenderse de pared a pared, hasta tocar casi el suelo. Me acerqué despacio. Al principio las imágenes eran todas agua. Agua discurriendo por entre bosques y desbordando las orillas de un río. Escenas de lluvia azotando campos escalonados, momentos largos de nada más que lluvia, luego gente corriendo por todas partes y más gente indefensa en unas barquitas que brincaban sobre unos rápidos. Templos inundados y casas despeñándose por laderas de colinas. Contemplé cómo seguía subiendo el agua en las calles de las ciudades, cómo engullía los coches y a sus conductores. El tamaño de la pantalla distanciaba los efectos del agua de la categoría de las noticias televisivas. Todo era enorme y las escenas duraban mucho más que el habitual suspiro de los informativos. Me apareció delante, a mi altura, inmediata y real: una mujer a tamaño natural, sentada en un sillón ladeado, en medio de una casa hundida en una avalancha de barro. Un hombre, un rostro, bajo el agua, contemplándome. Di un paso atrás pero no pude

dejar de mirar. Costaba mucho no mirar. Por fin eché un vistazo al pasillo esperando a que apareciera alguien, otro testigo, que se me pusiera al lado mientras las imágenes se sucedían y se solapaban.

No había audio.